

VI

DE CÓMO PACÍFICO SE ENFADA

Tarchino condujo á Pacífico hasta el interior del palacio; los que le hubieran visto remolcando de aquella manera al pobre pedagogo, que parecía entonces más que nunca un ser privado de razón, hubiéranse preguntado sin poder resolver la duda, qué es lo que el astuto italiano iba á hacer con aquel pobre diablo. Pacífico se dejaba conducir siguiendo á su guía algunos pasos detrás, como los niños que van refunfuñando y de mal talante en pos de las faldas de su nodriza.

Los sucesos de aquella noche maravillosa bullían en confuso tropel en la mente de Pacífico; y por más que el pobre hombre tratara de discurrir é indagar algo de lo que le rodeaba, su espíritu no podía levantarse del caos de dudas y desórdenes en que estaba sepultado. El pedagogo, con los ojos extraviados en el vacío, intentaba á veces aprovechar un destello de luz, que relampagueaba acaso en su pensamiento; pero al instante se disipaba ese tenue resplandor y volvía á quedar sumido en las tinieblas.

El viaje, la posada, cuyas puertas les franqueara el traidor Guillermo de Soles, el sueño de la piedra filosofal; luego la aparición del palacio deslumbrador, tras una violenta carrera á la grupa y entre la obscuridad de la noche; aquellos cantos melodiosos, aquellas danzas provocativas, aquellas mujeres orientales; el anillo de Salomón colgado de su cuello por un gigantesco león; el primer milagro que le hizo invisible; el otro prodigio que le puso de manifiesto sucesivamente á su hijo y á su hija, retratos animados de su esposa Marión; y finalmente,

aquel Tarchino que le repetía sin cesar que debía sólo ir en busca del hijo del duque de Nemours; todo aquel conjunto, en una palabra, tenía al infeliz mareado, agobiado, abatido y casi loco.

Esto era ya demasiado: Pacífico, como de costumbre, para huir de tan violentas emociones, no tuvo más medio que refugiarse en aquella inercia filosófica que era su única salvación en los trances apurados; pero al poco rato vióse llamado otra vez al mundo real por una brusca sacudida del italiano, quien le dijo mientras le golpeaba en los hombros:

—Hele ahí cerca de la puerta; apodérate de él y no le vuelvas á soltar.

Pacífico paseó sus miradas aturdido á uno y otro lado, no distinguiendo al pronto más que la masa inmensa que formaba la muchedumbre y algunos grupos de bebedores que empinaban á más y mejor, bajo los pabellones preparados á este efecto.

Pero cuando á la postre reparó en Juan Rubio, Tarchino no tuvo ya necesidad de estimular al pedagogo para que se moviera. Pacífico no se fijó en el disfraz que llevaba su discípulo, ni vió tal vez el hermoso tocado, obra de la elegante María de Argennes y sus compañeras, pues todas estas cosas no le importaban, ni las comprendía; pero bajó la gradería del atrio en tres brincos mal concebidos y peor ejecutados, á riesgo de romperse la crisma, y se arrojó sobre Juan Rubio como un gavilán sobre su presa.

—¡Ah, desgraciada criatura!—exclamó tomándole entrambas manos,—¿por qué nos abandonaste?

Juan Rubio le había echado los brazos al cuello; no habría abrazado con mayor efusión á su mismo padre. Pacífico reía y lloraba á la vez.

—¿Y mi madre?—exclamó Juan Rubio;—háblame pronto de mi madre.

—¡Desgraciada criatura!—repitió Pacífico.—Ve-

nir tú solo, completamente solo, desde el país de la Marche hasta París! ¿Quién te ha enseñado el camino?...

—Os lo ruego, amigo mío—interrumpió el joven; —¡habladme de mi madre!

—Está aquí—murmuró en voz muy baja Pacífico;—ha hecho este largo viaje arriesgando su vida... Porque tú no lo sabes ni yo puedo decírtelo; pero... ¡vamos!, tú no eres como los otros. Lo que para cualquiera sería no más que una calaverada de joven, es para ti casi un crimen.

Juan Rubio miraba con un ojo al pelotón de los caballeros negros, y con el otro á su amigo, envuelto en la tradicional sotanilla. Tarchino, después de haberles examinado un corto espacio, se alejó, dejando un guardia de vista para que los vigilara y observara. Al llegar al pie de la gradería, el italiano echó á correr con toda ligereza.

Su negocio marchaba casi tan bien como el de Thibaut de Ferrières. Y si éste había tomado con toda precisión sus medidas, sabemos también que Tarchino no había pecado de negligente al combinar las suyas. El tal Olivier de Gravelle era bien afortunado al disponer de servidores tan adictos y tan empeñados en servir sus intereses.

—Amigo mío—dijo Juan Rubio al pedagogo;—yo no soy un chiquillo, y creo que ha llegado la hora de que no me habléis más con enigmas.

Pacífico le miró grandemente sorprendido.

—¡Tú no eres ya un niño!—repitió como tratando de darse cuenta cabal del sentido de aquella frase tan clara.—Sí, es verdad. Quizá tengas razón, pues tu estatura es la de un hombre... pero, ¡divino Jesús!, yo no había visto esa larguísima espada que llevas al cinto. ¿Puedes, por ventura, levantarla?

En un impulso de juvenil fanfarronería levantó

se Juan Rubio, desenvainó su tizona y blandióla con gran destreza.

—¡Oh!—murmuró Pacífico medio cerrando los ojos.—¡No cabe duda, la antigua sangre de los caballeros no puede mentir! Aprenden á manejar el acero como aprende á rugir el león.

—¡Basta, niño!—añadió con acento triste y preocupado.—El que se sirve de la espada, por la espada perece. Tu madre está cerca de aquí, te espera; ven, pues, á consolarla.

El primer movimiento del joven fué el de acudir á la voz de Pacífico, y aun de anticiparse á sus pasos; pero detúvose luego, al volver á fijar sus ojos en el escuadrón de los caballeros negros.

—No puedo—tartamudeó volviendo la cabeza;—pronto, dentro de algunas horas, yo te seguiré, mi excelente amigo; pero en este momento no puede ser.

—¡Ah!—dijo Pacífico con una cándida sorpresa que hirió de lleno el corazón del joven más que las amargas reprensiones.—¡Conque no puedes acudir al lado de tu madre, que está llorando!

Juan Rubio inclinó la cabeza y no respondió una sola palabra.

Como siempre, Pacífico tenía aquella noche una cara que parecía del otro mundo, y su ridículo porte poseía el privilegio de llamar sobre sí todas las miradas. Las mesas vecinas empezaban á llenarse de curiosos, que querían contemplar aquella grotesca figura, que parecía hacer las veces de mentor del paje más elegantemente vestido de la corte del rey Salomón; y muchos bromistas anunciaban que aquello había de producir una de las más deliciosas sorpresas de la fiesta.

Eran estos, sin embargo, gentes de poco más ó menos; pues todos los que ocupaban una posición regular en la corte ó en la ciudad hallábanse en

aquel entonces dentro del maravilloso palacio. La reina de aquella metrópoli, la que, según el programa, debía hacer los honores del festín, era la princesa Ana de Beaujeu, duquesa de Borbón y regente de Francia. Había consentido en representar el papel de hija de Faraón de Egipto, esposa de Salomón y reina de Israel; Olivier de Graville era demasiado buen cortesano para no acumular en aquel palacio todos los recursos de su elegancia fastuosa y pródiga. En el salón de honor, sostenido por aquellas columnas cortas y pesadas de jaspe, que imprimían un carácter tan peculiar á la primitiva arquitectura de Oriente, extendíanse hasta perderse de vista largas mesas espléndidamente adornadas; la luz brotaba de los mármoles de las paredes en forma de ramilletes de flores, y en todas partes ardían con profusión los más ricos perfumes, preparados y colocados en preciosos pebeteros babilónicos.

El vino era servido en jarros de oro por bellas jóvenes con alas de querubín, y para acabar de armonizar todas esas fantásticas delicias sonaba una música dulce y suave ejecutada por artistas invisibles. La opulenta magnificencia de los manjares estaba, como es natural, en relación con todos los demás accesorios. Ninguna memoria de gastrónomo recordaba haber oído nunca hablar de un banquete tan acabado y opíparo; y, sin embargo, en torno de aquellas mesas brillantes no reinaba la animación que era de esperar.

Es cosa sabida que ciertos rumores se propagan con extraña rapidez; aquella noche empezaron á circular vagas noticias alarmantes acerca de una desgracia que amenazaba de cerca al señor de Graville, y decían todos: «¡Qué particular! La señora regente no ha venido.»

Efectivamente; el sitio reservado para la prime-

ra esposa del rey Salomón estaba vacío; en cambio el sitio de enfrente veíase dignamente ocupado por la maliciosa Berta de Sauves, que se reía en grande bajo su careta y que se divertía no poco viendo los honores de que la colmaban, en tanto que la verdadera Blanca de Armagnac permanecía sentada á algunos pasos del trono, sin que nadie se fijara en ella.

Thibaut de Ferrières hallábase al lado de Olivier de Graville, que estaba deslumbrador con el vestido de Salomón, y le hablaba en voz baja. A cosa de la mitad del banquete, el valiente capitán Tarchino acercóse á Graville y le dijo:

—Cuando Monseñor quiera convencerse de la veracidad de mis palabras, procure escurrirse de aquí bonitamente y sírvase seguirme... yo le haré ver con sus propios ojos á un enemigo que cree muerto.

—¿No se sabe nada de la señora regente?—preguntó Graville, que no sabía disimular la idea que más le preocupaba.

—Si por cierto, Monseñor—replicó Tarchino.—Preténdese, pero ya sabéis qué crédito ha de darse á estos rumores, que madama ha preguntado si los caballetes y planchas que sirvieron para montar el cadalso que sirvió para Jaime de Armagnac, duque de Nemours, se hallan aún en disposición de prestar servicio.

Graville volvió la cabeza y miró á su confidente de hito en hito.

—¿Por qué no me habías dicho que el duque de Orleans estaba en París?—preguntó.

—Yo llego de un largo viaje, como vos, Monseñor—repuso Tarchino,—y sólo os diré una cosa, á saber: los que os aconsejan que atacéis al rey son unos insensatos ó unos traidores.

Graville observó que estaban fijas en él muchas miradas.

—No te alejes de aquí—dijo á Tarchino;—te seguiré dentro de algunos minutos.

Luego, procurando que asomase una ligera sonrisa á sus labios, levantó su copa de oro cincelado para brindar en honor de la bella reina de Sabá. Berta de Sauves respondió á este obsequio.

Al lado de Blanca había un sitio desocupado, porque había entrado sola en el gran salón, en tanto que sus compañeras llevaban todas su respectivo galán.

En el momento mismo en que Graville brindaba por la reina de Sabá, una mujer que llevaba el traje de esposa del rey Salomón vino á ocupar el asiento vacío, colocándose al lado de Blanca. Esta mujer iba cubierta con un antifaz, y un tupido velo acababa de ocultar toda su cabeza, pudiéndose apenas distinguir algunos sedosos bucles.

—¿Por qué no es la verdadera reina la que responde al cumplido del rey?—murmuró la desconocida acercando sus labios al oído de Blanca.

Esta se estremeció y miróla con atención.

—Aunque se cayera mi máscara—dijo la desconocida,—aunque mi velo se rasgara en todos sentidos, no habríais adelantado gran cosa, niña, porque no habéis visto jamás mi rostro.

Blanca escuchaba la voz que así le hablaba, y no tuvo tentación de ofenderse: parecíale que la vibración de aquella voz despertaba en su ánimo una emoción y un lejano recuerdo.

Durante un momento alimentó una idea original; y preguntábase si el loquito de Juan Rubio no habría sido capaz de vestirse con un traje femenino para llegar hasta su lado, pues los cabellos que asomaban bajo el velo de la desconocida, eran blondos y suaves como los del joven.

—¿Por qué me llamáis la reina?—preguntó Blanca.

—Porque te conozco, niña—respondió la dama,—y porque conozco los secretos de tu corazón mejor que tú misma. La que ocupa aquel trono debiera estar en tu sitio, y tú en el suyo. ¿Qué te parece haría, á tu entender, el señor de Graville, si arrancaran delante de él la máscara de la reina y descubrieran bajo aquel antifaz el agraciado rostro de Berta de Sauves?

—Señora—dijo Blanca intentando tomar un acento imperioso,—no os atreveríais á hacerlo, por lo mismo que sabéis quién soy.

—Sí, yo sé quién eres tú—respondió la desconocida con voz serena y firme,—y lo sé mejor que tú te figuras; por cuya razón me atrevería á eso y mucho más.

Blanca enmudeció.

El festín iba animándose; el choque de los vasos y el rumor de los brindis, chistes y ocurrencias celebradas, empezaban á ahogar las armonías de la música: todos se divertían, más aún tal vez que si el programa de la fiesta se hubiera cumplido en todas sus partes. Y tan distraídos estaban los comensales, que en un momento dado, el sabio rey Salomón pudo abandonar el trono y la mesa sin que nadie se extrañara de su ausencia.

Salomón cruzó la gran sala seguido de Tarchino, y salió del palacio después de adoptar la precaución de cubrir sus hombros con un holgado manto de color obscuro.

Esperaban en la puerta seis hombres armados, que, á una señal de Tarchino, siguieron á su señor formándole una escolta.

En el salón del festín, Thibaut de Ferrières decía, entretanto, á los que tenía cerca de sí:

—Camaradas, está arreglado el negocio entre mosén Olivier y yo. Tenemos carta blanca... y cuando llegue el momento, portémonos con bravura,

que la recompensa será digna de un rey; yo os lo aseguro.

—¿Pero por qué la señora regente ha faltado á la gran fiesta de hoy?—le preguntaron.

Thibaut respondió sin vacilar:

—Lo ha hecho para dejarnos el campo libre. La hermana del rey hubiera tenido el compromiso de defenderle.

—Niña—decía en este momento la desconocida, que estaba sentada junto á Blanca de Armagnac,—sé que le amáis; pero yo le amo mejor que vos, y lo amaba antes de que le conocierais.

Las miradas de Blanca parecía que querían traspasar el raso de aquel antifaz; un vago presentimiento le decía que la mujer que le hablaba era hermosa; esa mujer le daba miedo, y, sin embargo, no podía odiarla.

—¿Vos le amabais—repitió la joven—antes que yo? ¿Y él?

En la voz de la desconocida notábase que estaba sonriendo.

—No ha cesado de amarme un momento—respondió.

Blanca dobló la cabeza.

—Pero no nos ocupemos de él, niña—repuso la dama,—y hablemos sólo de ti. Te he dicho que te conocía mejor que tú misma. ¿No es verdad que muchas veces vagan quimeras y sueños por tu imaginación? ¿No es cierto que en torno y encima de ti hay un misterio que quisieras sondear á costa de los mejores años de tu vida?

Blanca oía consternada aquellas frases.

—¿No es verdad—prosiguió la desconocida, manteniendo la solemnidad de su voz, que vibraba bajo la careta—que es muy abrumador el peso del nombre de Armagnac que lleváis? ¿Ya que se lleve por derecho de nacimiento, ya que se use por habérselo

apropiado al repartirse los despojos de un hombre asesinado y vendido?

Blanca no se había llegado á dar nunca cuenta de una manera tan precisa del secreto de su turbación y de su tristeza; pero todo lo que la desconocida acababa de manifestar Blanca lo había presentado muchas veces.

Aquel terrible dilema, que envolvía su existencia toda, era fatal, espantoso, aterrador.

El nombre que ella llevaba era, efectivamente, el nombre de un asesinado y vendido. Si aquel nombre era suyo, si el asesinado era su padre, ¿á qué permanecer bajo el techo y la protección del traidor homicida? Y si aquel nombre no era el suyo, ¿á qué manchar sus manos en la vergüenza y el oprobio de una infame superchería? ¿A qué seguir llevándolo?

—Ignoro quién os ha manifestado el fondo de mi corazón, ignoro quién sois y hasta si me queréis ó me detestáis—dijo Blanca con una tristeza que no intentó disimular.—¡Descubridme, aunque sea á costa de todo lo que poseo, el secreto de mi origen, que es un misterio para mí!

—Puedo descubrirtelo—respondió la desconocida,—y no quiero nada de lo que posees.

Blanca se puso á temblar pensando: ¡Es á él lo que ella quiere! ¡No busca más que poseer su amor!

—Mañana—respondió la máscara levantándose—iré á la iglesia de Nuestra Señora, á la caída de la tarde, á la hora del crepúsculo. Te esperaré allí, á la izquierda de la nave, delante de la reja del coro. ¿Irás tú también?

—Iré—respondió Blanca de Armagnac;—pero mostradme el rostro, os lo suplico, á fin de que pueda conoceros.

Al hablar así, alterábase su voz, tan grande era su deseo de observar, temerosa de que se ocultara,

una radiante hermosura bajo la máscara que tenía ante sus ojos.

Esta volvió la espalda á los convidados y se quitó la careta con precipitación y elegancia; el alma de Blanca concentróse toda en una mirada, y su pecho ahogó un grito de angustia.

La desconocida acababa de descubrir un rostro pálido, iluminado por una sonrisa triste; pero tan seductora, tan noble y tan altiva, que Blanca quedó fascinada y hubo de llevar entrambas manos á su corazón.

—¡Ah!—murmuró con indecible sentimiento,— ¡debe amaros! sí, ¡os ama!

La sonrisa de la desconocida tomó una expresión de benévolo interés. Y decimos interés, porque aquella dama, que se había introducido allí tal vez de contrabando, y que departía con la heredera más poderosa de Francia, adquirió entonces el aire y el ademán de una princesa al lado de una niña tímida y humilde.

No sé cómo se habían invertido los papeles con tanta facilidad y rapidez; pero ello es que Blanca de Armagnac no había sentido nunca un respeto semejante que avasallara así su corazón, ni aun delante de la misma regente.

La desconocida le dijo tomándole la mano:

—¡No olvidéis el sitio ni la hora!

Blanca quiso responder; pero su voz desmayada expiró antes de llegar á los labios.

La sonrisa de la desconocida hizose más dulce y más bella. En el momento en que los comensales, saciados, abandonaban en tropel sus asientos, inclinóse la dama y tocó con sus labios la tersa frente de la niña, murmurando:

—No soy vuestra rival, hija mía.

—¿Quién sois, pues?—prorrumpió Blanca con esfuerzo.

—Le amaba antes que vos, después de vos, y si algún día le llegáis á olvidar, veréis cómo yo le amo inalterablemente: soy su madre.

Un júbilo inmenso inundó el corazón de la joven; quiso llevar hasta sus labios la mano de la desconocida para cubrirla de besos; pero la dama se escurrió con un brusco movimiento y perdióse entre la muchedumbre de los convidados, no sin murmurar antes estas palabras al oído de Blanca:

—¡Hasta mañana, niña!

VII

[SALVEN AL REY!]

La bóveda celeste, que poco ha cubría con su manto de obscuridad aquellos jardines bañados en luz, empezaba ya á iluminarse por el lado de Oriente. Era la aurora que llegaba á toda prisa.

—En el instante en que el entusiasmo de la multitud llegaba á su apogeo se vieron salir del palacio de Salomón dos hombres embozados bajo los velos de dos capas muy anchas; á estos dos hombres agregáronse luego varios soldados valerosos de los que montaban la guardia al hijo de David.

Todos juntos bajaron la gradería del atrio y entraron en los pabellones destinados al refrigerio y confortación de la masa del público que no tenía acceso en el real palacio.

Sentáronse á una mesa del mismo pabellón, precisamente donde hemos dejado poco ha conferenciando á Pacifico y Juan Rubio.

Los guardias de Salomón colocáronse delante, y un poco á la espalda de ellos, sentóse maese Tarchino. En cuanto al compañero de éste, que cubría su rostro con un largo capuchón, como si quisiera ocultar hasta el menor vestigio de su traje bajo los

pliegues de su capa, arrimóse á la columna dando cuidadosamente la espalda á la luz.

Antes de escanciar vino á sus soldados interrogó á su misterioso colega con una mirada significativa, indicándole con un gesto discreto la mesa junto á la que estaban conversando con animación Juan Rubio y el Hermano Pacífico.

El hombre del capuchón observó silenciosamente, haciendo un ademán que parecía decir: «Me habéis prometido pruebas, camarada; estoy yo aquí solo para ver y juzgar; daos prisa, que el tiempo vuela.»

Tarchino dió comienzo á la maniobra.

—Dí cuanto gustes, amigo Pedro,—exclamó dirigiéndose á uno de los hombres de armas;—es verdad que tú y yo hemos saqueado, merodeado y aun cometido peores acciones; pero el bandido del condestable Bernardo exprimía hasta la sangre del pueblo, y cuando ya á éste no le quedaba ni una gota, el condestable pisoteaba la tierra para ver si podría sacar de ella algo que lo pareciese.

Vicencio Tarchino hablaba en alta voz, de suerte que pudieran oírle cuantos ocupaban el pabellón; pero nadie se alteró poco ni mucho, ya porque nadie pensaba más que en divertirse, ya también porque hacía más de veinte años que el condestable se había ido al otro mundo.

Pacífico, en tanto, exhortaba á Juan Rubio, que le escuchaba con placer, pero sin apartar su vista del pelotón de los caballeros negros. Pacífico no oyó siquiera las palabras de Tarchino, y esto que á él se dirigían preferentemente. Por lo que hace á Juan Rubio, es de creer que aun cuando hubiera oído ultrajar á todos los héroes de la historia, no le hubiera importado un ardite. Tenía demasiado lleno el corazón y ocupada la cabeza.

—Sí, cierto—respondió el mercenario Pedro;—ya

he oído decir toda mi vida que el tal Bernardo de Armagnac era un mal hombre, un noble muy déspota.

Pacífico se sobresaltó esta vez, aunque ligeramente, y la palabra que iba á pronunciar detúvose en sus labios. Era imposible que el nombre de Armagnac, dicho de improviso, no hiriera sus oídos.

—¿Un mal hombre?—repuso Tarchino, cuyos ojos no se apartaban un instante de su presa.—Dí mejor, camarada, que era un condenado, un réprobo.

Pacífico encogióse de hombros con indiferencia y apartó la cabeza por no oír nada más.

—Iba á decirte, pues, Juanito mío—exclamó el pobre pedagogo,—que durante toda la noche de aquel día estuvimos levantados esperándote en la cabaña. Esteban, el hijo del leñador, salió innumerables veces á la selva para llamarte, pero tú no respondiste nunca... Yo decía siempre á tu pobre madre, que lloraba: No os asustéis, señora, va á volver.

Interrumpió segunda vez, por haber llegado á sus oídos la palabras *felón* y *traidor*, unidas al nombre de Armagnac.

—Voy á pedirle perdón de rodillas—dijo Juan Rubio,—por el mal que le he hecho; mi madre sabe positivamente que la quiero con todo mi corazón... Y así que yo le explique cuán triste estaba y cuán desgraciado era; así que le cuente que mi corazón me impulsó de un modo ciego é irresistible; así que le diga que, de súbito, mi cabeza enloqueció...

—¡Cállatel—murmuró por lo bajo Pacífico.

—Escucha.

—¿Qué es lo que ocurre?—preguntó sorprendido el joven.

Jamás había visto á su pobre amigo de igual talante.

—¿Estás sordo?—exclamó Pacífico con una mirada llena de reproches.

Juan Rubio no entendía nada de aquello.

Ni aun llegó á atinar en que la cólera concentrada de Pacífico reconocía por única causa la conversación de los hombres de armas sentados cerca de su mesa. No se había fijado poco ni mucho en las palabras de éstos, ni siquiera oyó que Tarchino acababa de referir, atribuyéndola al condestable Bernardo, no sé qué asquerosa historia, oída con aplausos y carcajadas por los soldados del rey Salomón.

Las hermosas facciones del joven expresaban en este momento una calma tan verdadera, que Tarchino empezó á vacilar. El hombre del gran capuchón, que seguía apoyado en una columna, dijole en voz casi imperceptible:

—Ya ves, maese Tarchino, que te engañas neciamente: si por las venas de ese niño corriera una gota de la sangre de Armagnac, habrías ya visto brillar su espada ante tus ojos.

—Paciencia, Monseñor — murmuró el italiano;— no hemos hecho aún más que empezar.

Y prosiguió diciendo con voz de trueno:

—Pero ¡por Belcebú! aquel era nada en comparación de su hijo Jaime de Armagnac, el miserable fermentido que llevamos al cadalso erigido en la plaza del Mercado.

El pecho de Pacífico se levantó y su aliento silbaba al pasar por la garganta.

—¿No lo oyes?—prorrumpió con voz temblorosa.

—Oigo que esos individuos hablan de los antiguos señores de Armagnac—respondió Juan Rubio,—todo lo cual me tiene muy sin cuidado.

La estupefacción y hasta la indignación pintáronse en el semblante de Pacífico.

—¡Ah!—dijo con esfuerzo,—¡todo eso te tiene sin cuidado! ¿Es decir, que dentro de tu pecho no late un corazón?

Juan Rubio se echó á reír.

—¿Qué es eso, amigo mío?—exclamó alegremente,—¿os da ahora por soñar despierto? Vos que tantas veces me habéis dado consejos de paz y mansedumbre, vos que me decíais apenas hace un instante: el que mata por la espada, por la espada muere, venís ahora á acusarme de falta de corazón porque no me arrojo como un ente extravagante y ridículo á alternar en una conversación de beodos y majaderos?

Pacífico inclinó la cabeza sin responder.

—¿Ni qué me importa á mí—añadió el joven,—de cuanto digan de ese Bernardo de Armagnac, ni de Jaime de Armagnac, ni de todos los Armagnac habidos y por haber?

La larga y huesosa mano de Pacífico levantóse con viveza y tapó convulsivamente la boca del blasfemo.

—¡Cállate!—murmuró,—¡oh, cállate, por piedad!

En la mirada que el joven le dirigió, hubo no sé qué extraña lucidez, que brilló y se extinguió con la celeridad y la viveza del relámpago. Un observador, testigo de esta escena, se habría preguntado si era Tarchino el único que allí representaba su papel.

Hacía mucho tiempo que Juan Rubio pugnaba por desvanecer el misterioso velo que le rodeaba, y aquella noche había vivido más que en diez años. Era un niño y un hombre á la vez, y el sentido diplomático nacía en él con la misma espontaneidad con que se escapaba á veces su espada de la vaina.

Juan Rubio era demasiado bueno, demasiado joven y demasiado leal para hablar, sin motivo, de la manera que acababa de hacerlo, tratándose de un nombre que debía considerar como el de sus señores, pues no ignoraba que el escudo que lucía en su pecho era el de la casa de Armagnac.

Juan Rubio deseaba inquirir, y Pacífico estaba

como consternado; el joven ocultaba con astucia su juego y fijaba en el pedagogo una mirada escudriñadora y serena.

Y el hombre del gran capuchón decía á Tarchino en son de burla:

—Maestro, bien ves ahora que te engañas.

Los maliciosos ojos del italiano ilumináronse un momento.

—Y no fué bastante el cadalso—repuso el napolitano—para aquel malandrín que hizo tantos huérfanos y viudas; yo hubiera propuesto que se atara una sogá á su cuerpo, y que le arrastraran por el lodo de las calles de París.

Pacífico continuaba inmóvil con los ojos en tierra; no se atrevía á mirar á su discípulo, y sus dientes castañeteaban con gran violencia.

—Soy un insensato—se decía;—yo mismo iba á llamar el peligro sobre la cabeza de mi joven señor; yo iba á arrojarle sin defensa en manos de esos hombres sin entrañas que tal vez le están buscando...

—Y sobre su pecho—prosiguió Tarchino—hubiera querido escribir en un cartel de pergamino blanco estas palabras: He aquí el cuerpo del último Armagnac, embustero, ladrón y cobarde.

Pacífico se tapó los oídos con ambas manos.

Un ligero tinte de palidez se marcó en la frente de Juan Rubio.

Pacífico se levantó entonces precipitadamente, porque cruzó por su imaginación una idea.

—Es preciso que nos retiremos, mi pobre Juanito—dijo en tono suplicante;—no me niegues este gusto, por el santo nombre de Dios, y vente conmigo á buscar á tu madre, á quien harás feliz y te cubrirá de besos.

Juan Rubio mantenía una calma aparente; pero al responder á Pacífico su voz estaba alterada.

—Mi deber me retiene aquí—amigo mío,—murmuró.—Cuando sea tiempo oportuno no habrá necesidad de que me digas dos veces que vaya corriendo á los brazos de mi madre.

Pacífico volvió á caer sentado sobre su silla y no se atrevió á mirar otra vez á los hombres de armas. Un frío sudor bañaba copiosamente sus mejillas, cárdenas y desencajadas.

El hombre del capuchón miró á Tarchino, moviéndose de él, y de la garganta del italiano se escapó un rugido de furor.

—¿Y no lo sabéis?—continuó diciendo con verdadera rabia;—en aquella casa ocultábase una infamia más vergonzosa que la del padre y la del hijo: ¡la infamia de la mujer, de la esposa!

Un hondo gemido salió del pecho de Pacífico. Juan Rubio cerró los ojos, pero permaneció impasible.

Continuaba allí en su asiento, pálido su rostro y frío su cuerpo como el mármol.

—Como os digo,—añadió Tarchino, cuya boca parecía que vomitaba hiel,—las grandísimas ladronas, cuando habían apurado todas las injurias, lanzábanse recíprocamente en cara sus propios nombres.

Pacífico levantóse sobre sus pies como un autómatá y Tarchino se calló esperando ver el resultado de sus calumnias.

Una espantosa lucha se desencadenó en el corazón de Pacífico. Viósele juntar las manos y mover los labios como si orara; vióse cómo dos gruesas lágrimas surcaban silenciosa y lentamente sus mejillas. Luego sus ojos relampaguearon de súbito y toda la sangre de su corazón afluyó á su cabeza.

El pobre hombre había sabido resistir; pero un secreto impulso, más poderoso que su voluntad, le arrastró á prorrumpir con voz imperiosa y fuerte:

—¡Levántate!

El joven obedeció.

Aquella voz vibró con tan solemne majestad, que todos los grupos que vagaban dispersos por aquellas inmediaciones se fueron acercando. El hombre misterioso volvió á ocultar su semblante bajo el capuchón y separóse de la columna en que hasta entonces se había apoyado.

El rostro de Tarchino había tomado una expresión de triunfo.

—Tira de tu espada—dijo Pacífico á Juan.

Este obedeció también como antes.

La voz del hermano Pacífico languideció; pero aún tuvo fuerza y energía para exclamar:

—¡Armagnac, venga á tu padre y á tu madre!

Juan Rubio prorrumpió en un penetrante grito de alegría y blandió su espada entre los soldados, que acababan de desenvainar también las suyas.

Lo que sobrevino luego fué más rápido que una exhalación.

Una mujer que llevaba el traje de esposa del hijo de David, la misma que se sentó poco ha al lado de Blanca, salía del palacio y bajaba con lentitud las gradas del vestibulo.

Paróse al oír los primeros insultos vomitados contra el duque de Nemours y su familia; cuando su mirada, atraída por el movimiento de Pacífico, se fijó en la mesa donde éste departía con su discípulo, la mujer tapada dió un paso para dirigirse hacia aquella parte.

Era precisamente el momento en que Tarchino arrojaba á manos llenas el ultraje y el baldón sobre el noble nombre de la duquesa Isabel; la mujer enmascarada no tuvo ya tiempo de acercarse á aquel grupo, porque apenas el hermano Pacífico, impulsado por la explosión de su irresistible cólera, hubo proferido sus últimas palabras, cuando ya

Juan Rubio con la espada desnuda se abalanzaba sobre el vil y repugnante calumniador.

La mujer tapada llevó ambas manos al corazón; sus vacilantes piernas se doblaron, y una plegaria ardiente y fervorosa brotó de sus labios.

Juan Rubio ostentábase allí, rodeado de desenvainados aceros, tan noble, tan hermoso y tan altivo, que hubiérase dicho de él que era un héroe de la fábula de aquellos que no habían de hacer más que presentarse para hundir en el polvo á sus enemigos.

Y en efecto; notóse entre los soldados alguna vacilación. En aquel momento levantóse también gran algazara junto al palacio, del cual salía una inmensa oleada de convidados; como era natural, la litera de la reina de Sabá volvió á figurar á la cabeza del cortejo, en vista de lo cual formóse en el acto el pelotón de los caballeros negros.

Iban éstos apretados en un grupo que hendía á la multitud, engrosada de repente, de la misma manera que la cortante proa de un navío separa la espuma turbulenta de las olas. En esta conformidad marchaba rápidamente el enlutado escuadrón hacia la segunda avenida del palacio, que era aquella por donde desembocaba la comitiva.

Juan Rubio les daba la espalda. Sólo un instante había abandonado su puesto de honor, y esto bastó para hacerle malograr los beneficios de su larga vigilancia.

Pero Juan Rubio no se acordaba entonces de los caballeros negros. Hallábase en la situación de esas personas felices para quienes se abren de repente y de par en par las puertas del cielo; sentíase como embriagado y obraba sólo impulsado por una especie de instinto. ¡Había descubierto el secreto de su vida!

—Señores míos—dijo á los soldados, en la confian-

za de que sus palabras serían suficientes para que volvieran á las vainas aquellos aceros,—no pretendo atacaros; sólo ese hombre ha faltado, y á él solo he de castigar.

Esto dicho, apartó á los soldados, que no se resistieron poco ni mucho, y encaróse con Vincencio Tarchino.

Este sonreía porque el hombre del capuchón le estaba diciendo:

—Ahora empiezo á creer que tienes razón.

El barullo aumentaba al otro lado del palacio: la mujer del velo seguía inmóvil como una estatua en mitad de la gradería del vestíbulo; una súbita y tumultuosa agitación estremecía á la multitud.

—¡El rey, el rey!—gritaron muchas voces.—¡Salven al rey!

El hombre del capuchón retrocedió como si le hubieran empujado de repente, y miró en torno de sí con ojos despavoridos, á través de los agujeros de su antifaz.

La espada de Tarchino cruzóse con la de Juan Rubio.

—¡El rey!—dijo una voz de mujer joven desde lo alto de la gradería;—¡salvad al rey!

Juan Rubio dió un salto para atrás y levantó los ojos hacia el punto de donde había salido la voz; Blanca de Armagnac, sin máscara y sin velo, le miraba expresivamente, indicándole con la mano extendida al pelotón de los caballeros negros, asediado por las turbas y amenazado por una infinidad de aceros que lucían y relampagueaban sobre sus cabezas.

Juan Rubio hizo un gesto de obediencia y en el acto desapareció.

—Ahora—dijo á Tarchino—no estoy para ocuparme de ti; ¡pero ya sé cómo he de reconocerte!

Dobláronse sus ágiles y vigorosas piernas; con la

velocidad del rayo deslizóse bajo la espada del italiano, que seguía en guardia y tirando de una pequeña daga que llevaba en el cinto, rayóle por dos veces y con profundidad la frente, marcando en ella una cruz de la forma de la de San Andrés.

Tarchino exhaló un rugido de cólera; pero Juan Rubio, más ligero que un gamo, salvaba á todo correr la distancia que le separaba del negro pelotón.

—¡Mañana—gritó desde lejos,—al cerrar de la noche y enfrente de los muros del Louvre!

—Haz cuanto sepas, Vincencio Tarchino—murmuró el hombre del capuchón, descubriendo bajo su careta el rostro de Graville;—hemos dado tiempo bastante al leoncito para que crecieran y se crispasen sus melenas. Manéjate bien; mañana, al cerrar la noche, al pie de los muros del Louvre.

—¿Esto, Monseñor, significa que me lo entregáis?

—Te lo entrego—respondió Graville.

En el momento en que Juan Rubio, después de señalar á Tarchino con la daga, se abría paso entre la multitud, como un jabalí disparado en mitad de la espesura de la selva, no se veían más que once caballeros en el negro pelotón.

El duodécimo, el que tenía estatura de niño y llevaba una escarapela con los colores de Blanca, aventuróse temerariamente á la cabeza de sus compañeros, para llegar antes que ninguno á la litera de la joven reina de Sabá, y Thibaut de Ferrières con una partida de hombres armados había conseguido cortarle del todo la retirada.

Este fué el momento en que, el que hacía de capitán de los caballeros negros, arrojando su máscara y descubriendo las nobles facciones del duque de Orleans, que se llamó más tarde Luis XII, lanzó aquel grito de angustia:

—¡Salven al rey! ¡Salven al rey!

Los caballeros que formaban en su pelotón care-

cian de libertad en sus movimientos, estaban cohibidos y ahogados entre lo más apiñado de la multitud, en tanto que los mercenarios de Thibaut de Ferrières, afectando ignorar quién era el atrevido que había osado poner su mano en la litera de la reina de Sabá, gritaban desafortadamente:

—¡Matadle! ¡Que muera!

—¿Dónde vas, hermano Juan?—preguntó una voz en medio del tumulto.

—¡A mí, hermano!—respondió Juan Rubio sin detenerse.—¡Sígueme y haz lo que yo haga!

Tratábase, por lo visto, de distribuir linternazos, así es que Juan Moreno no se hizo repetir la invitación. Juntos los dos mozalbetes abriéronse paso á palo limpio, hasta llegar al punto en que el imprudente caballero de la escarapela con los colores de Blanca estaba pasando por un serio y peligroso trance.

Oíase aún al duque de Orleans y á sus camaradas, que gritaban incesantemente: ¡El rey! ¡Salven al rey!

No había más que un partido que adoptar para dar principio á la tarea. La espada de Juan Rubio atravesó de parte á parte el cuello de Thibaut de Ferrières, mientras que Juan Moreno abría de una cuchillada la cabeza de otro bandido, cuyo nombre no importa averiguar. Y una vez comenzado así el zafarrancho, tomó el conflicto las proporciones que son de suponer. Nuestros dos amiguitos trabajaron á todo su sabor por espacio de algunos segundos, y Juan Rubio consiguió por fin llegar á tocar la capa del joven caballero negro, que había sido cercado y hecho prisionero.

Este pobre joven estaba casi desvanecido y privado del uso de la palabra; pero las voces de los otros caballeros iban aproximándose, y se oía un terrible choque de espadas hacia aquella parte.

—¡A mí, caballeros!—gritaba Juan Rubio;—¡tengo ya al rey!

Renunciamos á pintar la estupefacción del público, quien oía pronunciar por todas partes el nombre del rey, en medio de una encarnizada é inverosímil refriega.

Las cabezas de los caballeros asomaban por encima de las de la multitud.

—¡Firme, firme!; noble caballero—exclamó Luis de Orleans.—¡Vamos en vuestra ayuda! ¡Sosteneos un instantel

Los soldados de Thibaut de Ferrières estaban poniendo ya pies en polvorosa, quedando tendidos en el campo hasta media docena de ellos. Ya no era ocasión de gritar *¡firme, firme!*, pues se había ganado la batalla.

—¡Cáspita!—dijo á esta sazón Juan Moreno rasándose una oreja,—yo me he metido en este jolgorio y he sacudido en grande, sólo por seguirte, hermano mío. No sé si éste es el rey, pero tengo para mí que nos hemos metido en una mala danza, pues observo que todos los que han quedado tendidos en el suelo pertenecen á la gente armada de Ollivier de Graville, mi amo. Ya que te veo ahora en seguridad, te deseo buena fortuna, pero me las guillo á todo correr, pues, créeme, no estoy bien aquí.

Al decir esto envainó su espada y tomó las de Villadiego.

El rey hallábase ya rodeado de los caballeros negros.

—¡Santo Dios, caballero—exclamó Luis de Orleans dirigiéndose con efusión á Juan Rubio;—decid vuestro nombre, os lo ruego. Tengo la costumbre de olvidar á mis enemigos para poder consagrar á los que estimo todos mis recuerdos y todo mi corazón.

—Monseñor—respondió Juan Rubio,—hace cinco minutos solamente que yo no llevaba nombre algu-

no, y desde cinco minutos á esta parte, me han sucedido tantas cosas inverosímiles, que ya no sé si estoy despierto ó dormido.

—Entonces adoptemos otro recurso—dijo el duque separando los mojados cabellos que cubrían el rostro del paje.—¡Mirémoslos bien el uno al otro, camarada!

—¡Oh!—dijo el noble príncipe al descubrir las facciones de nuestro paje;—¡por San Luis, qué niño más hermoso y que fisonomía más franca!

—Mi muy querido señor—prosiguió diciendo el de Orleans, volviendo la cabeza hacia el rey,—dignaos mirar al que acaba de salvaros.

El niño de la escarapela levantó sus ojos lánguidos hasta fijarlos en los de Juan, é hizo un movimiento de cabeza.

—El rey se acordará de vos—dijo el duque de Orleans, cuyo semblante leal y digno se cubrió de un ligero carmín;—y si el rey se olvidara, yo tendré memoria por él. Valeroso, paje, obtendréis cuanto pidieréis, incluso un nombre.

Y levantando la espada, gritó con voz de mando, mirando al enlutado pelotón:

—¡Monseñores! ¡En marcha hacia palacio!

Cuando la noble comitiva se puso en movimiento, ninguno de los que la formaban dejaba de llevar descubierto el rostro, así es que pudieron reconocerse, detrás de Luis de Orleans, los más ilustres personajes de la aristocracia francesa, Dreux, Montmorency, La Tremoille, Rohan, Riex, Grammont, Mortemart y Concy. En el centro marchaba Carlos VIII, rey de Francia, apoyándose en Douglas, duque de Turena y en el conde de Foix.

Nadie se atrevió á disputar ya el paso á esta compañía, y Olivier de Gravelle, conde de la Marche, que habia dejado su gran capote y su enorme capuchón, inclinóse reverentemente hasta el suelo en honor de Su Majestad.

Transportémonos ahora á una de las calles más desiertas del sur de París, en uno de los barrios lindantes con el palacio de la Marche, y veremos á Juan Rubio, que con los cabellos bañados en sudor y respirando aún ruidosamente, caminaba llevando á su madre á la derecha y á Pacifico al otro lado. Su madre le estrechaba apasionadamente contra su corazón, y él sonreía como un niño que despierta de un sueño de color de rosa. En cuanto á Pacifico, el pobre andaba con la frente caída, colgando los brazos y lleno su espíritu de la más cruel angustia y la más espantosa desolación. Proyectábase sobre este grupo la rojiza luz de una lamparilla que estaba ardiendo delante de una imagen de Nuestra Señora. Hacía solo algunos minutos que los tres reunidos acababan de abandonar, no sin correr grave riesgo, los brillantes estados del rey Salomón.

—Mañana, al cerrar la noche, en frente de los muros del Louvre—pensaba y decía Pacifico en uno de sus monólogos tan frecuentes en él;—¡y yo solo soy la causa de todo esto! Hacía quince años que le buscaban, sin encontrarle nunca, y yo ¡insensato de mí! les he dicho: Aquí le tenéis.

—Mi noble señora—exclamó el infeliz, hincando una rodilla en mitad de la calle,—¡Dios es testigo de que no soy un traidor! ¡Perdonadme!

La duquesa miraba á su hijo henchida de maternal orgullo.

—¡Levántate!—dijo tendiendo bondadosamente la mano á Pacifico.

Con la otra acariciaba los húmedos cabellos de Juan Rubio, que sonreía de felicidad.

—¡Hiciste bien, amigo querido!—exclamó el joven.

La duquesa Isabel volvió á estrechar á su hijo entre sus brazos; una lágrima brotó de sus pupilas, y luego repitió con voz conmovida, pero clara:

—Buen amigo, ¡hiciste bien!